

CHARLOT

SEMANARIO

Director y Propietario M. NAVARRETE

FESTIVO

Año 1.-Núm. 35

Barcelona 21 de Octubre de 1916

10 céntimos

HUMORADA

CHARLOTESCA

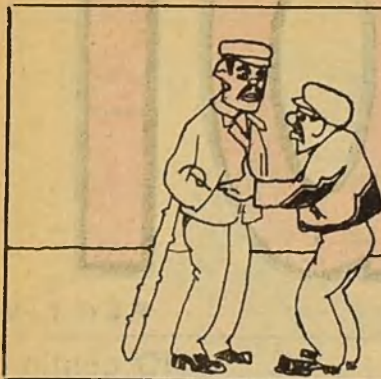


El, septiembre examinado
de cuadrúpeda carrera
consiguió que se le diera
como nota un *aprobado*.

Ayuntamiento de Madrid

A burros he visto yo
que con mejor parecido
aprobar no han conseguido
lo que el mío consiguió.

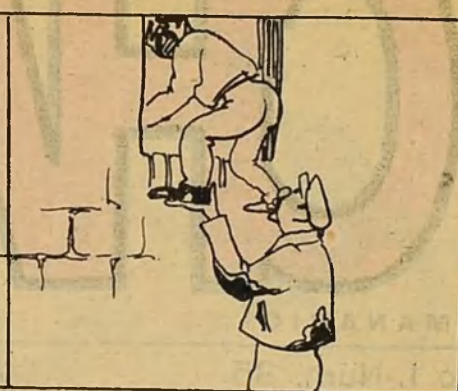
La sorpresa del mundo, (Por Adolfo Aznar)



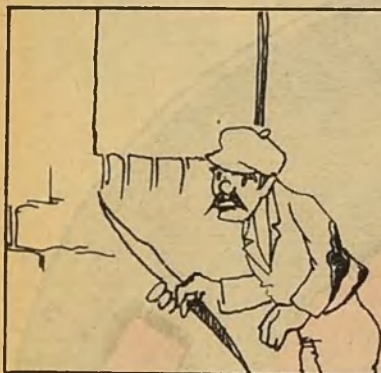
El rata Prima y Facundo deciden robar un mundo.



Y sin perder un momento van más ligeros que el viento.



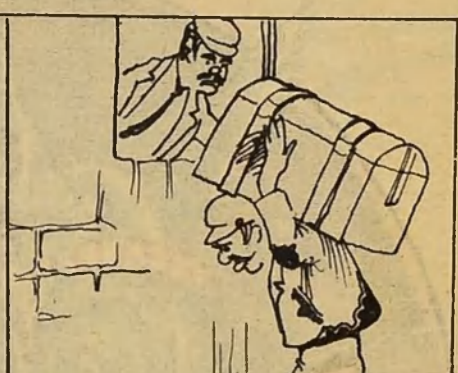
Como el tiempo no les sobra ponen manos a la obra.



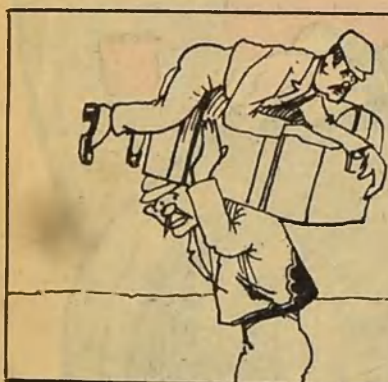
Y como siempre, el que aguarda se piensa que el otro tarda,



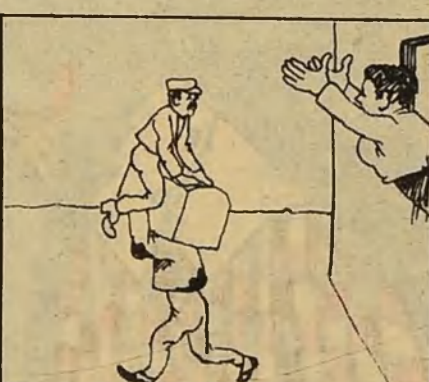
Al cabo, sin hacer ruido termina su cometido.



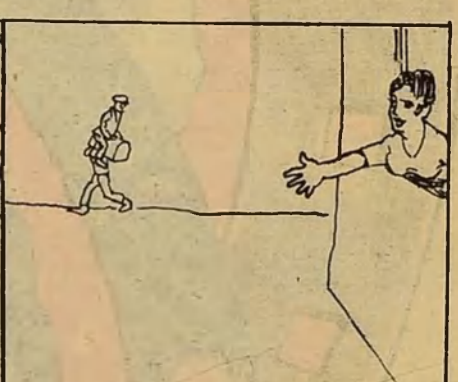
Por ser más fuerte Facundo es quien carga con el mundo.



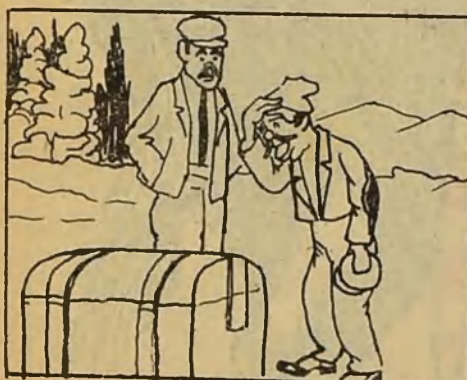
Y además, al Rata Prima tiene que llevar encima.



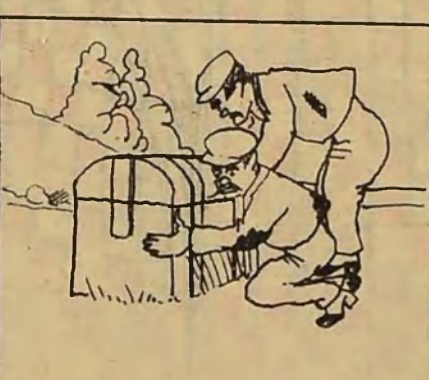
Bien pronto el robo se nota y la casa se alborota.



Y ellos por miedo a un fracaso tienen que apretar el paso.



Llegan al final del viaje cansados del equipaje.



Y van a ver lo que tiene que es lo que más les conviene.



¡Esto es lo que dentro estaba que ninguno lo esperaba!

LA VUELTA EN 80



AL MUNDO DÍAS

acusados de haber violado un lugar consagrado por la religión bramánica.

—¿Lo habéis oído?—preguntó el juez a Mr. Fogg.

—Sí, señor,—respondió mister Fogg consultando su reloj,—y confieso.

—¡Ah! ¿confesáis?

—Confieso y espero que esos tres sacerdotes confiesen a su vez lo que pretendían hacer en la pagoda de Pillaji.

Los sacerdotes se miraron sin comprender las palabras del acusado.

—¡Sí, señor!—prorrumpió Picaporte impetuosamente.—¡En esa pagoda de Pillaji, delante de la cual iban quemar su víctima!

Nueva estupefacción de los sacerdotes y profunda admiración del juez.

—¿Qué víctima?—preguntó.—¿A quién iban a quemar en plena ciudad de Bombay?

—¡Bombay!—dijo Picaporte.

—Indudablemente. No se trata de la pagoda de Pillaji, sino de la de Maledar-Hill, en Bombay.

—Y como pieza de convicción, he aquí los zapatos del profanador,—añadió el escribano poniendo un par de zapatos sobre su bufete.

—¡Mis zapatos!—exclamó Picaporte, que, lleno de sorpresa, no pudo contener aquella involuntaria exclamación.

Fácilmente se comprende la confusión operada en el ánimo de amo y criado.

El incidente de la pagoda de Bombay, que ya había olvidado, era el que los llevaba ante el magistrado de Calcuta.

En efecto, el agente Fix comprendió todo el partido que podía sacar de ese malhadado asunto.

Retardó su marcha dos horas, y excitó a los sacerdotes de Malebar-Hill, prometiéndoles una indemnización considerable, fundado en la severidad con que el gobierno inglés castiga esa clase de delitos; después, por el tren siguiente, se lanzó sobre las huellas del sacrilego.

Pero, a consecuencia del retraso empleado en la salvación de la joven, Fix y los indios llegaron a Calcuta antes que Mr. Fogg y su criado, a quienes los magistrados, avisados telegráficamente, debían dar orden de detención cuando se apeasen del tren.

Júzguese, pues, cuál sería el despecho de Fix

cuando supo que Mr. Fogg, no había llegado aún a la capital de la India.

Supuso que su ladrón se había detenido en alguna de las estaciones *Peninsular railway* para refugiarse en las provincias del Norte.

Fix acechó en la estación durante veinticuatro horas en medio de mortales angustias.

Por consiguiente, fué grande su alegría cuando le vió bajar del tren, aunque en compañía de una mujer cuya presencia no pudo explicarse.

Lanzó contra él un policemán, y he aquí, cómo Mr. Fogg, Picaporte y la viuda del rajah del Bundelkund, fueron conducidos ante el juez Obadiah.

Si Picaporte no hubiera estado tan preocupado con su asunto, hubiera percibido en un rincón del pretorio al detective, que presenciaba el acto con el mayor interés, porque en Calcuta, lo mismo que en Bombay y en Suez, carecía de la orden de arresto.

El juez Obadiah había tomado acta de la confesión escapada a Picaporte, que hubiera dado cuanto poseía por poder retirar sus imprudentes palabras.

—¿Quedan confesados los hechos?

—Confesados,—respondió fríamente Mr. Fogg.

—Visto,—dijo el juez,—que la ley inglesa protege por igual y vigorosamente todas las religiones de la India; hallándose el señor Picaporte convicto y confeso del delito de haber profanado con pie sacrilego el pavimento de la pagoda de Malebar-Hill, en Bombay, el día 20 de octubre; condena al susodicho Picaporte a quince días de prisión y a la multa de trescientas libras.

—¡Trescientas libras!—exclamó Picaporte, que por el pronto sentía la multa.

—¡Silencio!—exclamó el alguacil con voz chillona.

—Considerando,—continuó el juez Obadiah,—que no está bien probado que no haya habido connivencia entre el criado y el amo, y que en todo caso éste debe ser responsable de los actos de un sirviente a quien paga, condeno a dicho Fileas Fogg, a ocho días de prisión y ciento cincuenta libras de multa. Escribano, a otra causa.

Fix se inundó de alegría. Ocho días eran más que suficientes para que llegara a Calcuta su deseada orden de arresto. Picaporte estaba atolondrado.

Aquella sentencia arruinaba a su amo, haciéndole

(Continuará)

AHÍ ME LAS DEN TODAS

A Charlot le siguen ocurriendo cosas extraordinarias.

No hace muchos días recibió una carta, cuyo contenido copio, con permiso del notable artista.

«Caballero Charlot: Mi hija se muere y no cesa de pronunciar su nombre.

Ya la han mirado por todas partes cuatro médicos y todos opinan que tiene un pincho clavado en el vértice del corazón; y este pincho nadie mejor que usted se lo puede sacar, devolviéndole la calma.

Mi hija se muere porque le ama, porque su figura grata no se aparta de su imaginación.

¿Quiere usted salvar a mi hija?

Venga usted. Un padre que llora amargamente se lo pide con el alma lacerada.»

Después seguía la firma del padre y las señas del domicilio.

¿Y qué hizo Charlot?

Pues se colocó un terno de abrigo, porque ya empezaba a hacer frío, y se dirigió a casa de la enferma, resuelto a curarla y volver a cenar con unos amigos.

Pensando en la suerte y en el partido que tenía con las damas llegó al domicilio indicado en la carta.

Una antigua casa de no muy buen aspecto. Charlot llamó a la puerta del jardín, siendo recibido inmediatamente por el infortunado padre.

—¿Usted es el auténtico Charlot?—le preguntó sin llorar.

—Sí, señor. ¿Y la joven del pincho, dónde está?

—Aquí no hay joven ni más pincho que yo—dijo aquel hombre amenazándole con un revólver.

El infeliz artista se quedó como para que le dieran tila, y no pudo articular palabra.

—¿Pero se lo había escrito? ¡Oh! Estos cómicos son tontos de remate. ¡Una mujer que se muere por usted! Una inocente paloma que pierde el sentido por un mamarracho...

Esto de mamarracho le hizo a Charlot más efecto que el revólver, y exclamó:

—No es la primera que se ha *pirrado* por mí; y si quiere déjeme ir a casa y le traeré una lista con más de quinientos nombres.

—¿A casa? Eso quisiera usted para salir del atolladero en que le ha metido su imbecilidad.

—¡Oiga usted! Yo no he venido aquí para que me insulten.

—Claro que no.

—Entonces, me largo.

—¡Quieto, o le descerrajo los cinco tiros!

—No sea usted tan generoso; con uno tengo de sobra.

—¿Cuchufletas también?

—Sí, señor.

—Pues, no señor.

Charlot ya se había serenado algo, y preguntó resueltamente:

—¿Cuáles son sus propósitos?

—Va usted a conocerlos. ¿Sabe usted escribir?

—Correctamente, y hasta con cierta ortografía.

El misterioso individuo acercó una mesa con recado de escribir.

—Escriba usted a su casa pidiendo diez mil dolars, que precisan para su rescate. Hasta que esa cantidad no esté en mi poder no saldrá usted de aquí.

—¿Y si no la quieren mandar?

—En ese caso, ya lo sabe usted; los cinco tiros y santas pascuas.

Charlot dejó caer la cabeza sobre el pecho y no acertó a tomar la pluma.

—¿Escribe usted o no?

—No sé escribir.

—Mentira. Antes ha manifestado todo lo contrario.

—Pues bien; no escribo.

—¿Y por una miseria así va usted a perder la vida?

—Ahí verá usted. Yo soy así.

—¿De qué le sirve el dinero que gana a manos llenas?

—A mí de nada.

—¿Está usted dispuesto a no soltar esa cantidad?

—Estoy dispuesto.

—¿Por qué?

—Pues, por la poderosa razón de no tenerla.

—¡Mientes, morral!

—¡Dios mío, en qué lío me he metido!...

—No es flojo. Y te prevengo que te saldrá caro.

Dicho esto oprimió un timbre, y se presentaron dos tíos como dos sayones.

—Amarrad a este animal.

—No, que no me amarren... voy a escribir.

—¡Ah, vamos! Ya sabía yo que, al fin, se vendría a razones. Escriba usted.

—No puedo... no puedo... yo le explicaré. ¡Oh, es toda una historia!...

—No estoy para historias. ¡Amarradle!

Los verdugos sujetaron al desventurado, liándole más de veinte metros de cuerda, que le descoyuntaba los huesos.

—¡Oigame usted, por lo que más quiera!

—Lo que yo más quiero son los diez mil dolars.

—¡No los tengo, no los tengo!

—¡Miserable... ladrón! ¿Escribes?

—Y será inútil.

—Pues arrimadle los estacazos de rúbrica.

Los bandidos echaron mano de las varas de fresno que había en un rincón.

—¡Perdón, perdón!—sollozaba el artista.

—No hay perdón para un roñoso como tú.

El primer leñazo sonó en las costillas de Charlot como si hubieran pegado en un cofre.

—¡Ay!—gritaba el infeliz.

—¡Fuerte con él!

—¡Matadme de una vez, pero no me martiricéis.

—No soy amigo de palabras.

Los sayones siguieron golpeando hasta que Charlot, desmayado, y echando sangre hasta por las orejas, cayó al suelo desplomado.

Los periódicos de la mañana siguiente publicaban esta noticia:

«Anoche fué encontrado, en la calle de H., el cuerpo magullado de un hombre que, por el traje que llevaba, se creyó que fuera el popular Charlot.

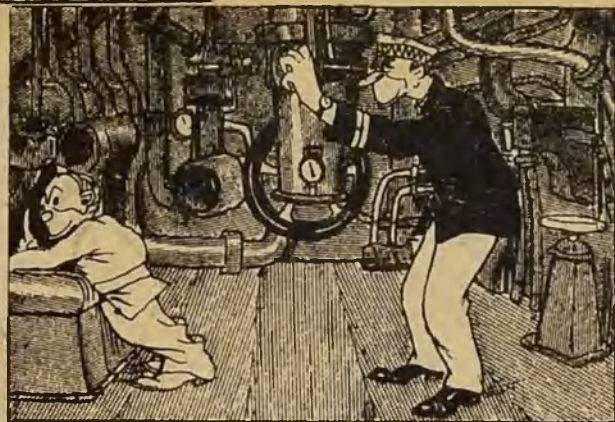
Después, y por los detalles del mismo individuo, se supo que era un criado del artista, que acostumbraba a abrir sus cartas, tomando muchas veces su nombre para ciertas aventuras amorosas.

Bieu ha pagado su ligereza.»

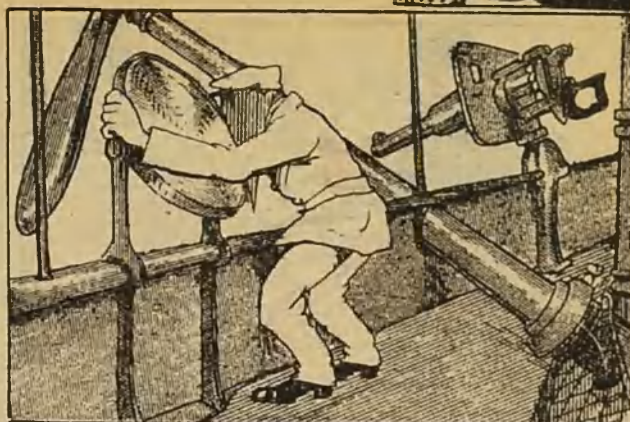
Felicitemos al simpático artista, por haberse librado del timo o de la paliza que le tenían dispuesta.

Cuando el gran Charlot se enteró de lo ocurrido, juró solemnemente dejar de ir a las ciento y pico de visitas que tenía anunciadas.

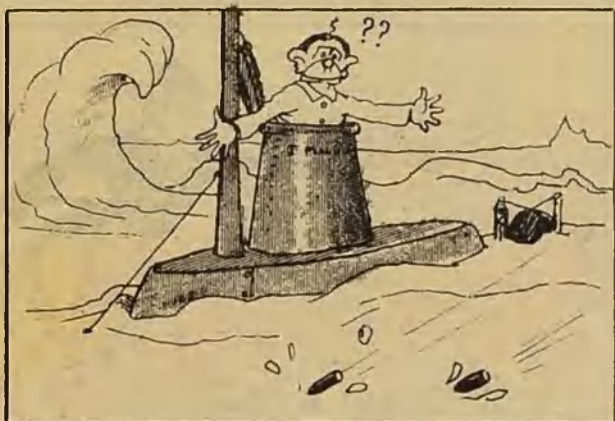
JOAQUÍN ARQUES.



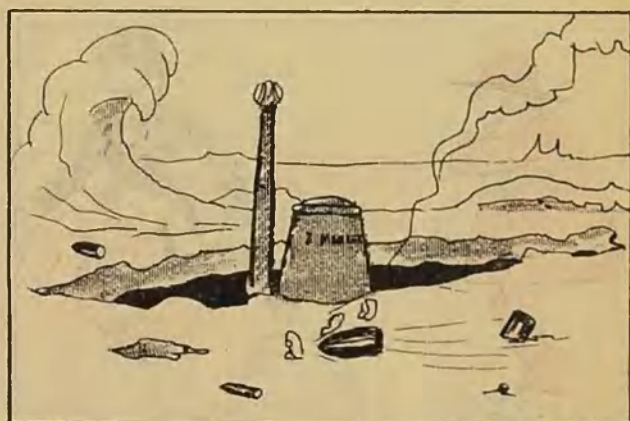
—Marchamos a 3.000 por hora, dijo Tragavientos.
—Aunque fuéramos a un millón, ese maldito dirigible acabará por alcanzarnos; contestó Cocoliche.



Manifloja observaba las evoluciones del submarino, con un potentísimo lente de su invención.....



Cuando de repente, quedó el submarino aprisionado entre una masa de hielo. El terrible Manifloja, enviando desde su aerostato unos misteriosos rayos, había convertido gran parte del Océano en un duro sorbete.



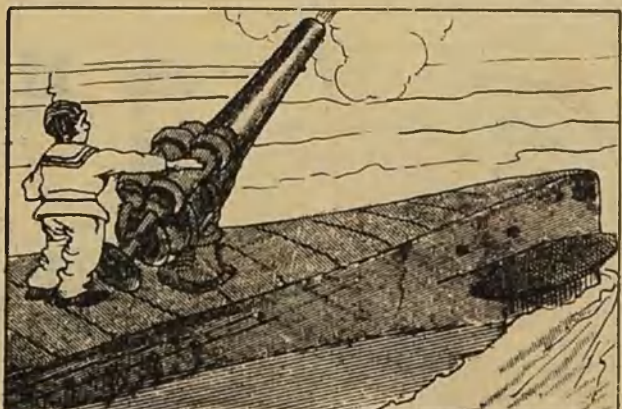
—A grandes males, grandes remedios! dijo Cocoliche; y recurriendo a los chorros de vapor, se abrió paso por debajo del hielo, desapareciendo como por escotillón.



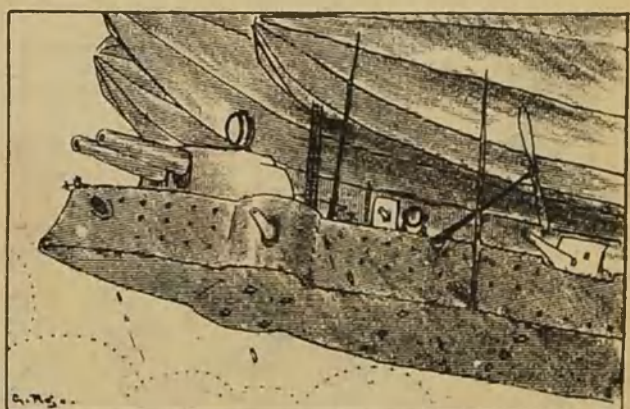
Cuando llegó Manifloja solo vió un agujero insondable.



Y al mismo tiempo una formidable explosión hacia saltar en mil pedazos aquel suelo endurecido...



y reapareciendo en la superficie el submarino, disparaba sin cesar contra el dirigible;



pero a aquella fortaleza volante no le hacían mella las balas y la lucha era inútil.

¿Quién vencerá a quién?

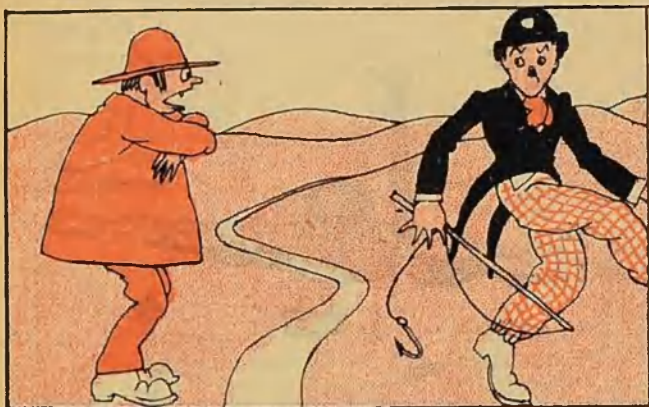
(Continuará)



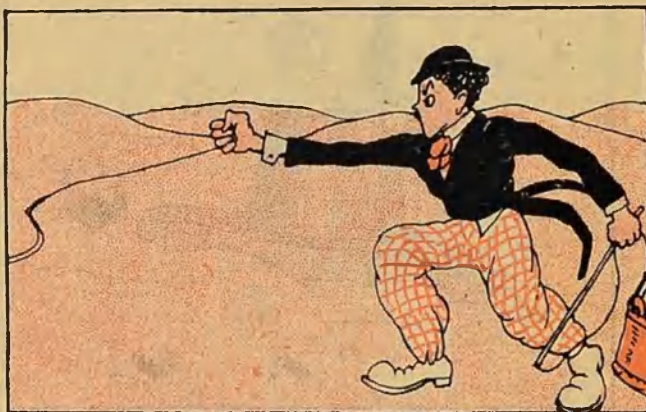
A pescar, se fué Charlot una jornada que debía resultarle desdichada.



A un gran río llegó presto, y con anhelo preparóse a la faena del anzuelo.



Mas el dueño del lugar allí le vió y al instante que se fuera le mandó.



Y ya lejos, recobrando su osadía le juró que la venganza tomaría.



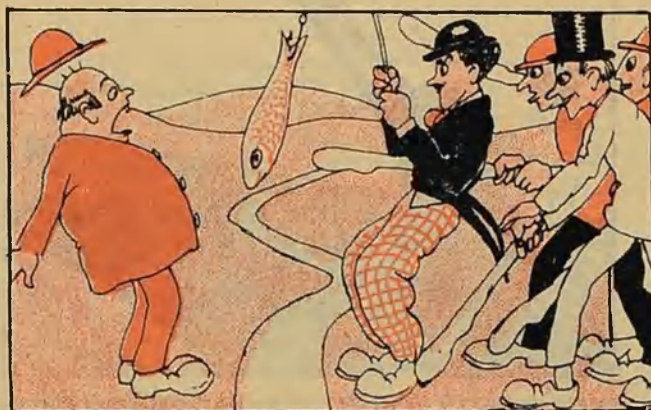
Los amigos se enteraron de tal suerte que ofrecieron ayudarle hasta la muerte.



Y queriendo hacer más propia la ilusión recortaron una trucha de cartón.



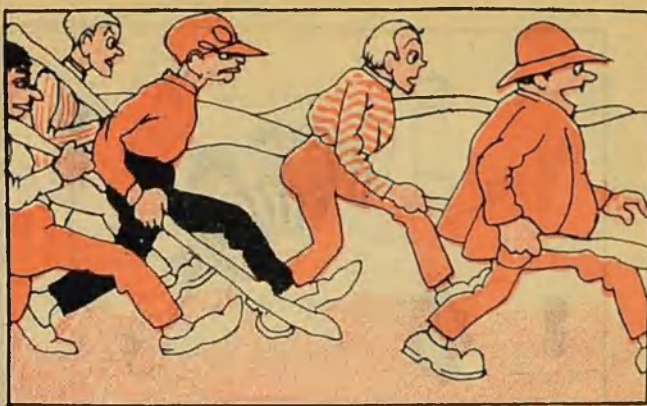
De garrotes y de trancas bien armados se pusieron en camino entusiasmados.



Y delante del furioso propietario pescó el chico aquel pez extraordinario.



No pudiendo soportar tal osadía
a los suyos va a contar la felonía.



Y formados por su parte en escuadrón
atacaron con fiereza y con tesón.



Tan terrible fué aquel choque y tan sangriento
que al contarlo, gran congoja es lo que siento.

Porque nunca de los tiempos en la historia
se halló un caso de tan horrible memoria.



Los agentes acudieron enseguida
para ver si quedaba alguien con vida



Y al llegar al lugar de la reyerta
solo hallaron un montón de gente muerta.



Pero uno el pellejo había librado
y este fué Charlotín, que desbocado...

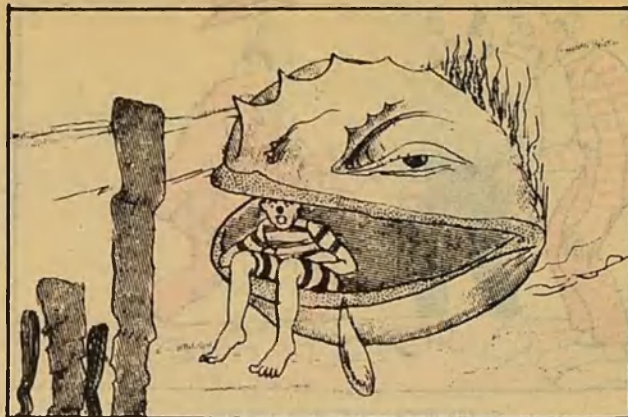


Y temiendo de algún juez la fiera mano
a la vista se escondió de todo humano.
(Continuad)

Charlot en el fondo del mar



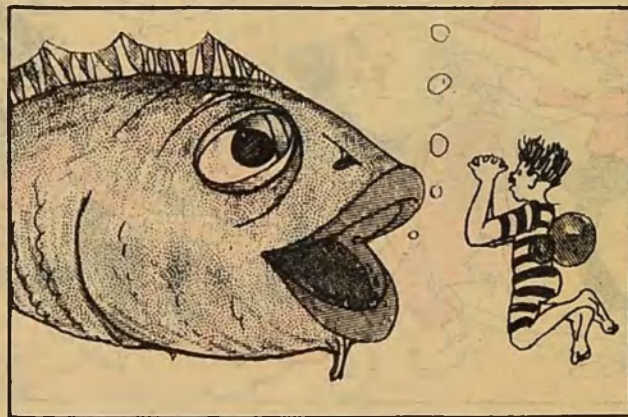
Pecaba Charlot de curiosillo y un día, quiso enterarse de lo que había en las profundidades acuáticas...



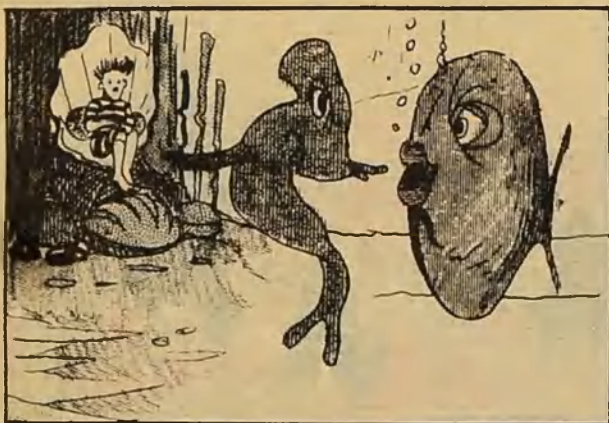
Pero como que aquellos sitios eran para él desconocidos, tomó asiento en una hermosa concha, que era así como si dijéramos un tranvía submarino.



Pronto corrió la noticia de que el célebre Charlot andaba por allá abajo y enseguida el pez espada que era el jefe de la guardia, se dispuso a velar por su persona.



A veces era tal la admiración que causaba, que Charlot no las tenía todas consigo.



También tuvo ocasión de presenciar las habilidades del pez marfil que junto con una lenguada, bailaron una especie de tanto divertidísimo.



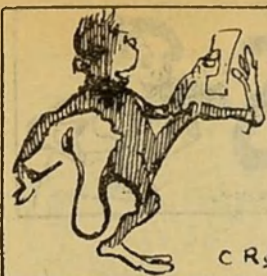
Después dió un sin fin de paseos montando un brioso caballo marino y siempre era aclamado por todas partes.



Hasta que sintiendo apetito, se metió en un lujoso Restaurant...



Y allí comió opíparamente y tanto le gustó, que ha decidido pasar unos cuantos días en remojo.



COLMOS Y MONADAS



Charlot irá publicando en cada número una de las más interesantes y breves producciones de cada uno de sus colaboradores, adjudicando dos premios, uno de 10 pesetas y otro de 5 pesetas a las dos que más gusten a esta redacción. En los sobres de los originales, escribase **Charlot**—Sección de *Colmos y Monadas*.

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original escrita y firmada con igual letra que éste.

NOTA.—No se devuelven los originales.

Rogamos a los colaboradores de esta sección, que al enviar sus producciones, lo hagan empleando un papel para cada chiste o colmo y firmado con su nombre y así aunque envíen varios a la vez queden separados de uno en uno. El envío han de efectuarlo en sobre abierto franqueado con sello de cuarto de céntimo, diciendo:

«Original para imprenta»

Colaboraciones del número anterior
que han sido premiadas:

Premio de 10 ptas.

Andaluzada por Nauj Lij

De 5 ptas.

En una fotografía por S. Santacreu

COLMOS

El del Ministro de la Guerra:
Ascender a sargento al cabo de Palos.

Jesús Rojo.

El de un lacero:
Echarle el lazo a un *perro gordo*

J. Alvarez.

—Cuál es el colmo de un cocinero?
—Llamar a los guardias porque se pegan las judías.

A. Margeli.

—¿En qué se parecen las castañas a los baúles?
—En que las castañas las asas al fuego y los baúles las asas al costado.

Hipólito Acha.

—¿En qué se parece un reloj a una alpargata?
—En que tiene cuerda.

José Masasciego.

—¿En que se parecen un palo de telégrafo... a los juguetes?
—En que los unos son pa-los grandes y los otros pa-los chicos.

Srta. E. Regúlez.

—¿Qué semanario festivo es más amable y deja meter más ruido?
—Charlot, por dejar *chistar*.

Mariano F. Villanueva.

—¿Cuál es el teatro más peligroso?
—El te-atropello.

Joselito I.

—Ese reuma que tiene usted en la pierna debe ser efecto de la edad.

—Pues esta otra tiene la misma edad y no me duele.

J. Salinas.

El maestro:

—A ver, Arturito. Usted que es el más adelantado: ¿cuáles fueron nuestros antepasados?

El discípulo.—¿Su abuela!

Archiparrigurrigurrea.

ENTRE AMIGOS

—¿Lo sabes, Juan? Ayer salvé la vida a nuestro amigo Pedro.

—¿Y cómo fué?

—Pues, le encontré, y me dijo si quería prestarle veinticinco pesetas; se las iba a dar, y me dijo:

—¡Gracias, amigo mío! ¡Yo me muero de alegría!

—Y yo, para evitarlo, me las metí de nuevo en el bolsillo.

Jaime de la V.

DOS SENTIDOS

En el portal de una casa céntrica de Madrid se lee el siguiente rótulo:

«Para leche de burra dirigirse a la portera.»

Antonio Jasell.

SIN TÍTULO

Si las de Rusia son rusas,
y las de Italia italianas,
todas las chicas de Persia
deben llamarse persianas.

Domingo Navarro.

—¿Saben ustedes por qué van los cerdos siempre con la cabeza baja?

—Porque les da vergüenza de que sus madres sean unas gorrinas.

T. Morales.

—Señor Martínez, usted perdone...

—¿Qué le ocurre?

—Pues, aquel piquillo de los 40 duros... Estoy tan apurado, que ahora, para mí, un duro es como veinte.

—Entonces, tenga dos y estamos en paz...

Brisquet.

¿EL MÉDICO O EL VETERINARIO?

—En presencia del doctor, a quien hizo llamar su cliente, dice:

—¡Me siento muy mal, doctor! ¡Muy mal, muy mal!... Y, sin embargo, como como un lobo, respiro como un toro y duermo como un lirón.

—Pues, en ese caso, no debió usted consultar conmigo, sino con el veterinario.

Gabriel Sánchez.

CURIOSIDAD INFANTIL

—¿Oye, papá; qué estatua es la que hay en la plaza de los Ministerios?

—No sé; déjame, niño.

—Pues, ahora, voy a verlo.

—Ca-no-vas.

Eduardo Frenado.

ENTRE ESTUDIANTES

—¿Qué tal te va con la nueva patrona?

—Admirablemente. Por la mañana, dos platos fuertes y postre; para cenar, un plato fuerte y un postre.

—¿Y de qué son los platos?

—De hierro, con baño de porcelana.

Julio Olavarrieta.

EN UN EXAMEN

—¿Sabe usted qué se entiende por cuerpo transparente?

—Sí, señor; es un cuerpo al través del cual se ve.

—Cite usted un ejemplo.

—Una cerradura.

José Hernández Fernández.

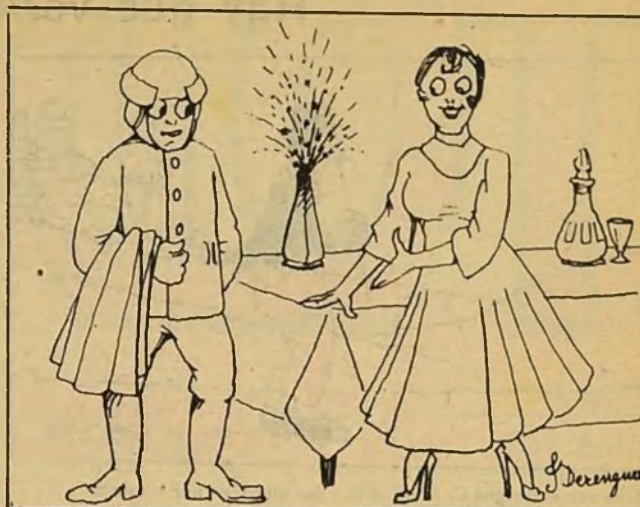




El Guardia.—Qué hacéis ahí muchachos, parados aguantando el aguacero que está cayendo?

Un Quinto.—Estamos haciendo el saludo, porque hemos oído decir al sargento Pimentoncete que este año las lluvias son *generales*.

Por Palanques



—Te pasas la mañana volando en tu aeroplano y yo me aburro sola.

—Chica, me siento muy bien y se me abre un apetito formidable.

¿Qué hay de almorzar?

—Alpiste!!!

Por J. Derenguer

CORRESPONDENCIA

Hali. Kat. E: Con este nombre ya publicamos algo; si no es el mismo, vale más que cambie la firma.—J. Peralta: Se aprovecharán algunos.—A. Picasso: No vá.—P. Herrera: Se publicarán algunos.—L. Giménez: Se recibió, y en el n.º 32 encontrará lo que pregunta.—M. Jené: Los chistes se publican por turno y en la misma página encontrará las bases.—J. Vidal: Su trabalenguas no es completo.—R. González: Cuando V. guste le enumeraremos los giros postales para que se arripienda de la pregunta.—A. Dorrego: Todo se recibe, pero hay muchos delante.—A. Capdevila: El procedimiento es litográfico.—E. Soler: Por ahora no es posible.—A. Paz: No vá,—J. Però: Tampoco.—M. Irrachondi: Su chiste ya lo habían enviado otros.—M. Cuñarro: Todo se ha recibido y algunas cosas se irán publicando. Los versos adolecen de no estar bien medidos.—J. de la V.—P. Guerra.—J. Elos.—A. Monedero.—A. Menéndez.—L. Cruz.—I. Rufz.—J. Muñoz.—C. T. G.—E. Miguel.—M. Perea.—E. Vieira.—Yo.—E. M.—C. Vives.—Rabachol.—Pulga.—J. Pérez.—J. Ráfols.—Nene.—J. Trinidad.—P. Ricou.—J. López.—J. Barrachina.—A. Vicens.—A. Dorrego.—Fatiti.—A. Abelló.—J. Però: Sus chistes no van por haberlos enviado otros anteriormente.

Han enviado Soluciones a los pasatiempos anteriores

Adelita y su Frasco.—J. Pinilla.—A. Capdevila.—L. Jiménez.—M. Perea.

CHARLOT

SEMANARIO FESTIVO

Redacción y Administración: Puchet, 37-(S. G.)-Barcelona

Precios de Suscripción:

		ESPAÑA	EXTRANJERO
Trimestre	ptas.	1'50	4'00
Semestre	ptas.	3'00	8'00
Año	ptas.	6'00	

NÚMERO SUELTO: 10 CÉNTIMOS.-ATRASADO: 20.

Ayuntamiento de Madrid

Hay que verlo, para creerlo



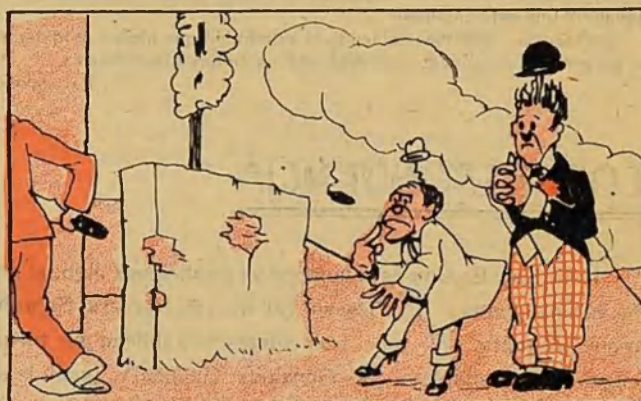
Una vez el insigne Charlot salió a dar un paseo por el campo.



Y con idéntica intención salió también el no menos popular Travietto.



—V. por aquí, señor Charlot; que feliz encuentro!
—Que mucho me place! contestó éste que ya lo conocía por haber leído sus hazañas en el semanario.



Así andaban conversando, cuando vieron que un individuo se introducía cautelosamente en un cercado, armado de un enorme cuchillo.



¡Cielos! No hay que perder tiempo; sin duda tendrá intención de cometer algún horrendo crimen. Es preciso avisar a la policía. ¡Pobre víctima!



Pronto reunió una pequeña guardia dispuesta a entenderse con el tipo misterioso.



Y con la mayor cautela cercaron la casa para que no tuviera escapatoria.



Pero ved donde lleva la precipitación. La víctima era un pato que le había llegado su San Martín y el cocinero lo destinaba para el arroz del almuerzo.